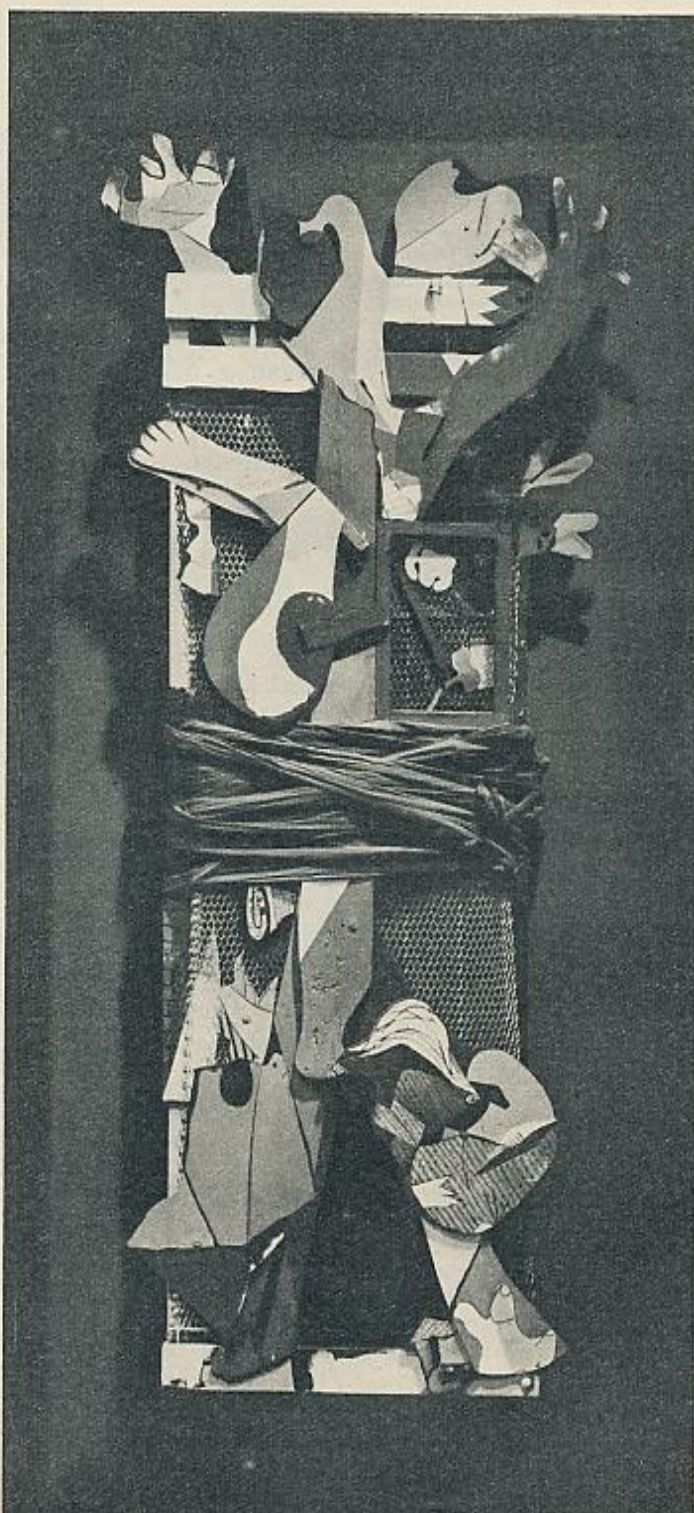


EL MUSCULO DE GUINOVART

El día 3 de este mes de junio inauguró José Guinovart su exposición de pintura en Juana Mordó, aquí en Madrid. El día 4 inauguró Joan Miró su exposición de escultura en la Galería Maeght, en París. Yo asistí a ambas inauguraciones. A la noche siguiente cenaba yo con el matrimonio Miró en uno de esos restaurantes orientales que tanto abundan en París. Luego nos fuimos a tomar café a las arcadas de las Tullerías. Y ocurrió que el azar de la conversación nos llevó hasta la persona y la obra de Guinovart. En el elogio de su pintura, Miró hizo uso de una palabra que a mí me parece clave: «músculo».

Esa palabra, aplicada a la pintura de Guinovart, me parece a mí rigurosamente apropiada. Porque esa pintura tiene la fuerza y la eficacia de un panfleto. Y no por las alusiones que ella pueda tener y contener, sino por la absoluta

Por
**JOSE MARIA
MORENO
GALVAN**



carencia de gratuidad. Se diría que la pintura de Guinovart no está determinada por la necesidad de pintar, sino por la necesidad de decir. Se diría que, pese a su estatura de pintor, él utiliza fundamentalmente su musculatura apologética, crítica, comunicativa y significativa. La pintura es su palabra. El no dice lo que dice como un subterfugio para pintar, sino que, al contrario, usa a la pintura —su vehículo disponible— como un lenguaje para decir. Pero lo que importa no es el lenguaje, sino el mensaje. Lo cual no quiere decir que en el lenguaje mismo —en la urdimbre, a veces esquinada, a veces sinuosa, de su morfología pictórica: en su «grafología» de pintor— no se contenga ya un mensaje. Se contiene, y por eso es pintor, y por eso, por esa consciencia de que hay un contenido en la misma forma, está férreamente emparentado con lo más signi-

«Homenaje
a
Picasso».

ficativo de las promociones contemporáneas. Pero no le basta la grafología. Necesita, además, la apologética. No posee sólo la moral de la pintura, tiene, además, un moralismo referido a la vida. Por eso, el argumento involuntario de su estilo se amplía en el argumento deliberado de su palabra. No nos dice sólo lo que es, sino, además, lo que ve. Pero no nos equivoquemos: lo que ve pasa por el tamiz de lo que es. Lo cual no quiere decir solamente que Guinovart tiene un estilo, sino que, ante el espectáculo de la vida, él no se sitúa nunca en terreno neutral.

No me importa repetir aquí algunas palabras vertidas ya en la introducción a su catálogo, pues, al fin y al cabo, ellas no suelen llegar nunca a ninguna parte. Decía yo en él que Guinovart no procede como la mayor parte de la pintura contemporánea, haciendo una síntesis pictórica, sino haciendo, con su



«El grito».



«Personajes».

Yo me bebo una Tónica SCHWEPPES.

- Chica, pues yo me bebo una Naranja SCHWEPPES.

- ¿No prefieres una Tónica SCHWEPPES?

Y tu, ¿No prefieres una naranja SCHWEPPES?

- Yo siempre tomo SCHWEPPES, naturalmente, pero prefiero Tónica.

Yo también tomo SCHWEPPES

-¿Y qué si no?-, pero prefiero Naranja.



¿Naranja o Tónica?



la duda está sólo entre SCHWEPPES... o SCHWEPPES.

Schweppes



EL MUSCULO DE GUINOVART

«Decapitación».

pintura, una síntesis de la vida. Que lo que le pasa a su pintura es que siempre necesita dar un rodeo por la vida y dejarse penetrar, de alguna manera, por el pálpito de los hechos y las circunstancias, para sintetizarse: en una palabra, que no le basta ser pintura. Por eso, esa pintura tiene siempre algo así como una huella de la vida, un estigma de la circunstancia, una exudación casi extraestética —casi antiestética—, que es como la mordedura de los trabajos y los días. Esa presencia del origen en el resultado final de la obra es lo que originaliza a la obra misma. Pero esa metodología no es una posesión general de la pintura. Lo normal es que esa síntesis pictórica en que la modernidad consiste al fin y al cabo, se realice sin la complicidad de la vida. Algunos artistas —los que pertenecen a la casta pictórica en que está Guinovart; por ejemplo, Picasso y el mismo Miró— complican siempre a la vida en su elaboración. Por supuesto, Guinovart no tiene ningún parentesco estilístico con Miró; pero tiene un parentesco vital, un régimen de convivencia en esa actitud. Y yo pienso que cuando Miró, refiriéndose a Guinovart, habla de «músculo», se refería a eso.

Por ahí ha quedado, como sobrenadando, el aire de las palabras, la palabra «antiestética» referida a la pintura de Guinovart. ¿Guinovart antiestético? No exactamente: Guinovart sin respeto por las condiciones estéticas; Guinovart considerando a la estética como un



«Collage de la margarita».

subproducto. Y, efectivamente, la estética es en él como un subproducto. Primero está en él lo que más le interesa, el testimonio de la vida. Luego, si acaso, viene la estética. Pero...

Pero no puede evitar ser un pintor. Es un pintor incluso cuando, en acción casi de protesta contra la posición confortable de la pintura, atenta con-

tra la pintura. En algún momento pretendería ser antipictórico, pero el resultado es siempre pictórico. Es una condición inevitable. Es una fatalidad. De ahí esa energía con la que se sirve del color, esa seguridad, ese empleo, a veces violento pero siempre justo, de la pincelada. Y no puede evitar, como casi una condena-

ción, esa delicadeza matizada con que en ocasiones nos sorprende. Nos sorprende, sí, porque ése es un artista que sorprende siempre con lo que se le espera...

A todo eso es a lo que, para definirlo, no tengo más remedio que aplicarle una palabra: «músculo». Tendrá razón Joan Miró: digo yo. ■ J. M.ª M. G.



«Desde el agujero».